

Raíces sumergidas

Historias ancestrales
de la Amazonia

Raíces sumergidas

Historias ancestrales
de la Amazonia

Apoyado por:



FONDO NORUEGO PARA LOS
DERECHOS HUMANOS

Compiladores:

Diana Trujillo, Antropóloga.
Pablo Alonso Ramos-Henao, Biólogo.
Mario Guillermo Guerrero, Politólogo.
Fundación Omacha.

Ilustraciones:

Luz Adiel López Ahué.

Diseño y diagramación:

Iván Bernal-Neira,
Diego Quintero Candela,
Diseño, comunicaciones y prensa,
Fundación Omacha.

Fotografías :

Camilo Díaz pág.10,13 . WWF Colombia,
Mario Guillermo Guerrero, Fernando
Trujillo, Diana Trujillo, Pablo Alonso
Ramos-Henao; Fundación Omacha.

Cartografía

Nicole Franco León, Ingeniera geógrafa
y ambiental, Fundación Omacha.

Citese como: Ahuanari, R., Becerra, J., Coello, B., Coyes, T., Cuellar, A., Heidimir Guedes, H., Laureano del Aguila, E., Laureano, M., Loureno del Agde, W., Malafalla Puricho, E., Noriega, J., Noriega, O., Paimé Curico, F., Rodríguez, B., Valentina del Aguila Pas., Valerio, U., Vasquez, J., 2025. Raíces sumergidas. Fundación Omacha, Fondo Noruego. Bogotá, 64 p.

Impresión:

Unión Gráfica SAS.

ISBN digital: 978-628-7553-23-1
ISBN impreso: 978-628-7553-21-7



Agradecimientos

Queremos expresar nuestro más profundo agradecimiento a cada abuelo y abuela que, con dedicación y amor por el territorio, se ha sentado con nosotros para compartir sus historias. Su conocimiento y sabiduría son un legado invaluable.

Extendemos nuestro reconocimiento a los cuatro jóvenes indígenas: Delcy Jimena Olaya Charry, Luis Ángel Ahue Farías, Harry Jesús León Macedo y Michel Charlyn Curico Java, quienes han comprendido el valor de estas palabras llenas de conocimiento sobre su territorio y la importancia de preservar los espacios de círculos de la palabra.

Agradecemos al Resguardo Indígena Ticoya y a la comunidad de Puerto Nariño por permitirnos contribuir, de manera conjunta, al cuidado del territorio. También expresamos nuestra gratitud al Fondo Noruego para los Derechos Humanos y a Audifarma por su continuo apoyo a proyectos que promueven la conservación ambiental y sociocultural. Igualmente a National Geographic y Rolex (Perpetual Planet, Amazon Expedition).

Reconocemos y agradecemos especialmente al investigador de campo Luis Ahue por su dedicación en la organización de actividades orientadas al fortalecimiento del conocimiento y la preservación ambiental y cultural. Asimismo, extendemos nuestro reconocimiento a quienes contribuyeron en etapas previas de esta construcción, como José Luis Cantillo y el ilustrador científico Gilberto Mendoza Barón.

Finalmente, queremos expresar nuestro agradecimiento a Mario Guillermo Guerrero, quien siempre ha compartido generosamente su conocimiento para revisar nuestras publicaciones, realizando valiosas correcciones. También reconocemos su contribución en diversas actividades relacionadas con nuestros programas de conservación, incluyendo fotografías que han enriquecido nuestro trabajo.

Gracias a todos por ser parte de este valioso esfuerzo en favor de la memoria, identidad y territorio.



Abuelos sabedores

Estos son los abuelos y abuelas que participaron en la construcción de este libro, impulsados por la preocupación de transmitir su conocimiento a las nuevas generaciones de la comunidad. Su invaluable sabiduría y legado buscan preservar la memoria colectiva, protegiendo así sus conocimientos y tradiciones para el futuro.

- Alba Lucía Cuellar - Etnia: Tikuna
- Benedicto Rodríguez Silva - Etnia: Tikuna
- Bertha Coello - Etnia: Tikuna
- Edilberto Laureano del Aguila - Etnia: Tikuna
- Elcidia Malafalla Puricho - Etnia: Tikuna
- Francisca Paimé Curico - Etnia: Tikuna
- Heidimir Guedes - Etnia: Tikuna
- José Becerra - Etnia: Huitoto
- José Gregorio Vasquez - Etnia: Tikuna
- José Joaquín Noriega - Etnia: Tikuna
- Mauricio Laureano - Etnia: Tikuna
- Orlando Noriega - Etnia: Tikuna
- Teodoro Valerio Coyes - Etnia: Tikuna
- Valentina del Aguila Pas - Etnia: Tikuna
- Wilson Loureno del Agde - Etnia: Tikuna
- Ubaldo Valerio - Etnia: Tikuna
- Ruperto Ahuanari - Etnia: Cocama

Detrás de las ilustraciones



Luz Adiela López Ahué, reconocida artista plástica y escénica, ha dedicado su vida al arte desde una edad temprana, explorando diversas técnicas y materiales. Nacida y criada en el Amazonas, su obra refleja profundamente la riqueza natural y cultural de esta región. Comenzó a experimentar con dibujo y pintura a los 11 años, inspirada por su entorno y el legado de sus padres, quienes, aunque se dedicaron a la agricultura, cultivaron en ella un aprecio por los pigmentos naturales y las tradiciones artísticas locales.

En 2009, obtuvo una beca del Ministerio de Cultura de Colombia que le permitió realizar una pasantía en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Este logro marcó el inicio de su

trayectoria profesional. Entre 2010 y 2016, formó parte de la Asociación Cultural y Ambiental Teatro Itinerante del Sol, liderada por la directora Beatriz Camargo Estrada, en Villa de Leyva, Boyacá. Durante este tiempo, participó en salones regionales del Ministerio de Cultura, representando la región Orinoco-Amazonía, consolidando así su lugar en el panorama artístico nacional. En 2020, fue seleccionada en el estímulo "Comparte lo que Somos".

Actualmente, reside en Puerto Nariño, Amazonas, donde combina la creación de su obra pictórica con la formación artística de niños, niñas y jóvenes, inspirándose en los saberes tradicionales del pueblo Tikuna. Desde la autogestión, trabaja en proyectos que fomentan la conexión entre el arte y la naturaleza.

La pasión de Luz Adiela por las artes plásticas encuentra sus raíces en su historia familiar. Su padre, quien exploró pigmentos naturales y técnicas tradicionales de la región, y su madre, aficionada al dibujo en su infancia, fueron sus primeros referentes. También recibió inspiración de su hermano mayor, quien le enseñó las primeras técnicas de pintura. A nivel internacional, encontró en el peruano Pablo Amaringo, conocido por sus obras visionarias y su escuela de arte, un modelo a seguir. En Colombia, se siente profundamente influenciada por Carlos Jacanamijoy, un destacado pintor indígena. Además, sus colaboraciones con artistas como Beatriz Camargo han enriquecido su visión y práctica artística.

El Amazonas, con su infinita paleta de verdes, el sonido de sus aves y la diversidad de texturas ha sido su mayor fuente de inspiración. Para Luz Adiela, este entorno único no solo

nutre su creatividad, sino que también le enseña la importancia de la sensibilidad hacia el medio ambiente y las comunidades que lo habitan.

Además de sus padres y su hermano, un papel fundamental en su desarrollo lo jugaron los abuelos y abuelas de Puerto Nariño. Creció escuchando al abuelo Emiliano Pinedo tocar música, oyendo las historias de la abuela Alba Lucía Cuellar del Águila y observando a la abuela Valentina del Águila crear cerámica. También pasó su niñez rodeada de mujeres de la Asociación Artesanal Mowacha, liderada por la abuela Alba Lucía, quienes se reunían para cantar, contar historias y tejer mochilas, canastos y manillas. Estas vivencias moldearon su sensibilidad artística y su compromiso con la preservación cultural.

Luz Adiela reconoce que los relatos y leyendas transmitidos por estas figuras han sido esenciales para su obra. Las

historias de los pueblos Tikuna y Cocama, que narran la importancia de respetar la selva y sus habitantes visibles e invisibles, han nutrido su visión del arte como un medio para preservar la memoria y fomentar la conciencia ambiental. Para ella, el acto de crear es una forma de transmitir estos saberes a las nuevas generaciones, asegurando que comprendan la necesidad de proteger el entorno natural y cultural.

A lo largo de su carrera, Luz Adiela ha enfrentado los desafíos inherentes a vivir del arte, pero considera que este camino le ha permitido evolucionar como persona y artista. Su compromiso con el arte va más allá de la creación; lo concibe como una forma de conexión, aprendizaje y gratitud hacia la vida misma. También busca inspirar a otros a sumarse al propósito de cuidado y conservación del Amazonas, un lugar que considera su mayor fuente de riqueza y creatividad.



Prólogo

Mi nombre es Luis Ángel Ahue Farías, tengo 17 años y pertenezco al pueblo Tikuna, del clan Paujil, en la comunidad indígena Ticoya. A los 15 años inicié un proceso de aprendizaje en la Fundación Omacha, en el programa Biblioteca del Bosque, donde tuve la valiosa oportunidad de interactuar con nuestros abuelos, quienes son conocedores del territorio en el que vivimos: el Amazonas.

Dentro de nuestra comunidad, los círculos de la palabra son fundamentales para preservar nuestra identidad cultural. Este libro es una forma de registrar y guardar estos conocimientos o saberes ancestrales que son nuestros abuelos. La importancia de mantener estos círculos radica en que ellos son los portadores de historias, leyendas y conocimientos que definen quiénes somos como pueblo. Comparten relatos sobre nuestros orígenes y saberes respecto al uso de plantas me-

dicinales y prácticas culturales esenciales para nuestra vida cotidiana. Sin su voz, corremos el riesgo de perder una parte vital de nuestra historia y tradición.

Las historias que compartimos en nuestros círculos de la palabra son un reflejo profundo de la conexión que tenemos con el bosque y la naturaleza que nos rodea. Cada relato es un testimonio de cómo nuestros ancestros han vivido en armonía con el entorno, utilizando las plantas no solo como recursos, sino también como aliados en la vida diaria. Estas narraciones nos enseñan sobre las propiedades curativas de las hierbas, los rituales que honran a la Tierra y la importancia de cada ser vivo en nuestro ecosistema. A través de estas historias, aprendemos a valorar y respetar nuestro entorno, reconociendo que el bosque no es solo un lugar físico, sino un espacio sagrado que alberga nuestra identidad y sabiduría colectiva.

Como oyente y recolector de estas historias, he tenido la fortuna de sumergirme en un mundo lleno de sabiduría. Cada relato que he escuchado ha sido una ventana hacia nuestra rica cultura y me ha permitido comprender la importancia de cuidar y preservar esta herencia. La conexión con nuestros abuelos no solo enriquece nuestro conocimiento, sino que también fortalece nuestro sentido de pertenencia como Tikuna.

Es crucial que reconozcamos la necesidad de proteger y transmitir estos saberes a las futuras generaciones. En un mundo cada vez más influenciado por la tecnología, es fácil perder el interés en nuestras raíces. Sin embargo, al mantener vivos los círculos de la palabra, aseguramos que la esencia de nuestra cultura perdure y se transmita de generación en generación.



Introducción

Desde tiempos antiguos, la oralidad ha sido una herramienta fundamental para la transmisión del conocimiento y la memoria del ser humano. Antes de la invención de la escritura, las sociedades dependían enteramente de la palabra hablada para comunicar sus tradiciones, leyes e historias sagradas. A través de generaciones, los mitos y leyendas han jugado un papel crucial en la construcción de la identidad cultural y en la comprensión del mundo. Estas narraciones no solo explican el origen de la vida y los fenómenos naturales, sino que también transmiten valores, normas y enseñanzas que guían a las comunidades. En muchas culturas, los relatos orales constituyen un puente entre lo humano y lo divino, reforzando la conexión con la naturaleza y con los ancestros. La fuerza de los mitos y leyendas radica en su capacidad de

adaptarse a los cambios del tiempo sin perder su esencia, asegurando así la continuidad del conocimiento y el arraigo cultural.

Cuando se habla de transmisión de saberes y fortalecimiento de la cultura, nos referimos a un proceso fundamental para la continuidad de la identidad de civilización. En este libro queremos valorar y revivir la importancia de la oralidad para la memoria colectiva, ya que ha sido el principal medio a través del cual los seres humanos hemos mantenido viva nuestra memoria y transmitido la historia de generación en generación. Este proceso es especialmente evidente en las comunidades indígenas de la Amazonía, donde, a través de los círculos de la palabra, el sabedor o la sabedora de la comunidad relata historias ancestrales. Estos relatos no solo transmiten conocimientos

sobre el pasado, sino que también son una herramienta de enseñanza sobre la vida cotidiana, los peligros del entorno y las prácticas esenciales para la supervivencia y el bienestar colectivo.

El presente proyecto se desarrolla en el municipio de Puerto Nariño, ubicado en el departamento del Amazonas, a unos 87 kilómetros río arriba desde la capital, Leticia. Un aspecto relevante de este territorio es que se encuentra dentro del Resguardo Ticoya, una entidad territorial indígena que agrupa a las etnias Tikuna, Cocama y Yagua en 22 comunidades. En esta región se encuentra también el sitio Ramsar/Omec Lagos de Tarapoto, una extensa red de humedales que abarca 42.983 hectáreas, conformada por bosques inundables, lagos y afluentes distribuidos alrededor de la confluencia del río Loretoyacu y el río Amazonas.

Este ecosistema no solo alberga una rica biodiversidad, sino que también es el escenario donde las comunidades han desarrollado sus prácticas ancestrales de vida, y donde la oralidad sigue siendo el vehículo primordial para la transmisión de su conocimiento y cosmovisión.

En el campo de la antropología, se distingue entre mitos, leyendas e historia, ya que cada una de estas formas narrativas cumple una función específica en la manera en que las sociedades comprenden su realidad. Los mitos son relatos sagrados que explican el origen del mundo y refuerzan valores colectivos, mientras que las leyendas combinan hechos reales con elementos fantásticos, transmitiendo enseñanzas o reforzando la identidad cultural. Por otro lado, la historia busca reconstruir el pasado a través de fuentes verificables y un análisis crítico. Mientras los mitos operan en un tiempo simbólico y las leyendas en un

pasado impreciso, la historia se fundamenta en la cronología y en la evidencia.

Es importante hacer esta distinción para explicar por qué el título de este libro no hace referencia a “mitos y leyendas”, sino a “historias”. A pesar de las clasificaciones académicas, lo esencial es reconocer y respetar la manera en que los abuelos, las abuelas y demás miembros de las comunidades nombran y entienden su memoria. Durante nuestro trabajo en el territorio, siempre se ha hecho énfasis en que lo que comparten no son mitos ni leyendas, sino historias: relatos que les han sido transmitidos por generaciones y que forman parte de su verdad, su identidad y su manera de comprender el mundo.

En estas comunidades, las historias han servido y continúan sirviendo como una forma de advertencia y aprendizaje. Son relatos que enseñan sobre el respeto a la naturaleza, los ciclos del bosque, la caza y la

pesca responsable, la siembra en los tiempos adecuados, y la importancia de la medicina tradicional. La sabiduría ancestral contenida en estas narraciones permite una conexión profunda con el territorio y con la cosmovisión de los pueblos amazónicos, fortaleciendo su identidad y su relación con el medio ambiente.

Sin embargo, este proceso natural y ancestral de transmisión del conocimiento y de conexión con la comunidad se ha visto gravemente afectado por la globalización. Los espacios de diálogo han sido desplazados por la tecnología, y los jóvenes prefieren pasar su tiempo conectados al internet y a las redes sociales en lugar de escuchar las historias de su familia y territorio.

Esta desconexión con las tradiciones no es exclusiva de las comunidades indígenas; es un fenómeno que afecta a toda la humanidad. El problema radica en que, al perder estos espacios de transmisión oral, también se pierde el conoci-

miento del territorio, debilitando el arraigo y el sentido de pertenencia. Y sin sentido de pertenencia, el cuidado y la preservación del entorno se vuelven cada vez más difíciles.

Este libro forma parte de los resultados del programa Biblioteca del Bosque, cuyo objetivo es incentivar el diálogo intergeneracional entre los abuelos sabedores – que, tristemente, son cada vez menos debido a su avanzada edad – y los jóvenes de las comunidades. En sus páginas encontrarán solo una pequeña selección de una inmensa cantidad de historias, mitos, leyendas y experiencias de la Amazonía. Muchas de estas narraciones han sido transmitidas durante más de diez generaciones y han cruzado fronteras, pero hoy corren el riesgo de perderse en el olvido. Algunas ya han comenzado a desdibujarse, otras han cambiado personajes o han visto modificados sus detalles, y muchas se han ido para siempre con los abuelos que ya no están en este mundo terrenal.

Para escribir este libro, estuvimos realizando círculos de la palabra y salidas al bosque con los abuelos y las abuelas conectoras del Resguardo Ticoya. Ellos nos contaron, principalmente a los cuatro jóvenes del programa, sobre las historias del territorio que les habían sido enseñadas por sus padres y abuelos. Las historias fueron escuchadas, grabadas y transcritas.

Por eso, hemos querido rescatar y compartir esta primera selección de historias asombrosas sobre el bosque. Nuestro deseo es que estas narraciones no solo se conserven, sino que continúen siendo contadas y transcritas por las nuevas generaciones. Invitamos a cada lector y lectora a convertirse en guardianes de estas palabras, a compartirlas y a mantener vivo el diálogo entre el pasado y el presente, para que la memoria y la identidad de estos pueblos sigan floreciendo en el futuro.



Mapa

de comunidades y sitios importantes en las historias de este diario



Colombia

Sitio RAMSAR- OMEC
Lagos de Tarapoto

San Juan de Atacuri
Santa Clara de Tarapoto
Puerto Nariño
San Martín
San José de Naranjales
Mocagua

Cabalococho

Perú

Santa Sofia

Brasil

Leticia
Tabatinga

Río Amazonas

Río Atacuari

Río Javari

Río Amazonas

Tabla de contenido

Agradecimientos	3
Árboles de la Familia	4
Detrás de las ilustraciones	6
Prólogo	8
Introducción	11
Mapa	14
La Curupira, guardiana de la selva	18
El origen del Renaco: el viejo brujo	20
Espíritu de los aguajales: el Mapinwaré	22
Metare, uno de los más grandes chamanes	25
La madre del Toé	26
El origen del Universo	28
El origen de la Luz	30

La mujer que nació del Umarí	32
La palma de chontaduro y el pez torre	35
La tortuga Metare	36
Jau y el robo de las semillas	38
El origen del pueblo Magüta, y la chambira	40
Tawé, el niño-boa.....	42
El origen del paujil	44
El Toreruma, abuelo de los delfines	46
El pirarucú, la ceiba y los caminos ocultos	47
Un encuentro con el Mapinwarí	48
El Hai-Hai-Mama	52
Turerü, el padre caimán.....	54
El maderero y el jaguar	56
Un duelo en la selva: el jaguar y el tamandúa.....	58

La Curupira, guardiana de la selva

Alrededor de una hoguera, siete aserradores se reunían tras un largo día de trabajo. Mientras el aroma del caldo de pescado flotaba en el aire, el más viejo del grupo comenzó a hablar::

“Nada que se haga o se diga en la selva pasa desapercibido. Los hachazos del aserrador, las miradas de quienes la visitan y las canciones de los abuelos. Todo lo que se haga es conocido por la Curupira, que vive en las ceibas.

Su ojo vigila desde la bruma, sus oídos escuchan entre las hojas, y sus pasos marchan sobre las sombras de los árboles.

Si alguna vez ustedes cometen un pecado, como hablar mal de las madres de la selva, o matar animales en exceso y cortar demasiados árboles, la Curupira vendrá por ustedes. Ella puede regenerar las marcas que hagan en los troncos para guiarse. Cada uno de sus pies apunta en una dirección. Si ven sus huellas, es imposible saber en qué dirección va. Hará ruidos y usará las voces de gente que conocen para perderlos y llevarlos cada vez más lejos del camino.”

Entonces uno de los hombres del grupo, incrédulo, dijo:

“¡Ja! ¡Eso es porque no se ha enfrentado con un hombre de verdad! Si me la llevo a encontrar, tengo hacha y fusil. Pero con mi fuerza la agarraría de los pies para golpearla contra las bambas de su ceiba.”

Después de un silencio incómodo, los hombres prefirieron cambiar de tema. Más tarde esa noche, el hombre soberbio salió del campamento a tomar aire.

En la mitad del camino, una figura negra, de poca estatura y pelo largo y lleno de musgo se le atravesó. El hombre disparó contra ella, y la Curupira no se movió. Inmediatamente usó su hacha para abatirla, pero el mango se quebró como si fuera de balsa. Entonces, el hombre la pateó con todas sus fuerzas, y los huesos de su pie se astillaron al instante. Tendido en el suelo pudo verle el rostro a la Curupira, su cara enojada y aterradora viviría por siempre en su memoria.

El origen del Renaco: el viejo brujo

Cuando las selvas eran jóvenes, vivía un brujo malvado y poderoso, con un apetito por la carne de cualquier animal que pudiera atrapar. Pero a pesar de su hambre sin fin, no podía cazar, porque a los animales los

cuidaba el abuelo oso hormiguero, que también era fuerte y poderoso. Al oso lo seguían los animales como si fueran sus nietos, y para que no se fueran muy lejos, les prohibió cruzar el río que dividía su territorio de aquel perteneciente al brujo.

El brujo, entonces, esperó a que el oso hormiguero caminara solo por la selva. Cuando por fin lo encontró, atacó por sorpresa, causándole la a su enemigo. Pero eso no era suficiente, pues los animales se escondían del otro lado del río.

Para engañarlos y hacer que salieran de su escondite decidió despellejar al oso para hacer un disfraz con su piel. El disfraz era mágico y le hacía parecer y sonar como al abuelo oso, pero tenía un problema: los pies seguían siendo los de un humano. Así que para esconderlos, se los pintó de negro con carbón.

Con una sonrisa en el rostro, se llevó el disfraz; y del otro lado del río, se lo puso rápidamente, para luego pintarse los pies. Uno a uno fue llamando a los animales, los cuales hicieron una fila detrás de él para seguirlo como solían hacer con el abuelo oso.

Cuando todos ya estaban con él, los llamó para que lo acompañaran a cruzar el río.

"Pero, abuelo, ¿acaso no nos habías dicho que no podíamos cruzar?" - dijeron los animalitos.

"Ah, pero van conmigo, no pasa nada, vengan que les quiero mostrar algo increíble - les dijo para calmarlos."

Todo iba bien para el brujo, hasta que, cruzando el río, el agua comenzó a borrar la pintura de sus pies, por lo que los animales se alertaron y se dieron cuenta de lo que ocurría.

Con un pie a cada orilla el brujo les dijo: "Vengan, vengan que les ayudo a saltar".

Pero los animales no le creyeron, y comenzaron a entonar un canto mágico para convertirlo en un árbol. Entonces, sus pies echaron raíces a cada lado. El río comenzó a crecer y las orillas que se separaron le jalaban las piernas hasta abrirle la barriga, desparmando sus intestinos al agua, formando así raíces llenas de insectos y serpientes. Desde ese día, el brujo se convirtió en el primer renaco.

Espíritu de los aguajales: el Mapinwaré

Las leyendas cuentan que muchos espíritus habitan en diferentes tipos de bosque. La Amazonia no es hogar de un solo tipo de ecosistemas. En el espeso verde se encuentran bosques inundables, bosques de pie de monte, bosques riparios, selva húmeda tropical, y especialmente, los aguajales. Los morichales son un tipo de humedal único, pues

la palma que los caracteriza, el aguaje, es considerada por muchas culturas como una madre del agua. Donde se siembra aguaje se mantiene la humedad y se protege de la sequía.

Esa es la razón por la cual estos ecosistemas son protegidos por un espíritu legendario: el Mapinwarí.

Es un ser que camina en dos patas, cubierto de pelaje rojo carmesí, y la cara pelada. Sus orejas son puntudas, y en su rostro hay únicamente un solo ojo enorme y una pequeña nariz. La boca está sobre su estómago, y tiene colmillos afilados, pero no come carne.

El Mapinwarí se alimenta del cogollo de los aguajes, los cuales puede doblar fácilmente con su increíble fuerza. Cuida de los aguajales del mismo modo que los humanos cuidan de sus chagras, y deja pasar a quienes muestran respeto por su territorio.



Metare, uno de los más grandes chamanes

Existió hace milenios un chamán legendario, Metare, quien era extremadamente poderoso y sabio. A él se le atribuyen varias gestas que cambiaron la cultura y la selva.

Se le atribuye la invención de la pelazón, que era una forma de purificar a la humanidad. Para llevar a cabo esta purificación, reunió a muchas personas y organizó una gran fiesta. Mientras estaban allí, la casa en la que se encontraban se elevó junto con todos los asistentes y se dirigió hacia los cerros de Moruapú.

Antes de partir, Metare dejó una tinaja llena de masato, una bebida alcohólica tradicional elaborada con yuca. Instruyó a los participantes que la bebiesen a medida que se acercasen a Moruapú. Pero Metare tuvo la mala suerte de que el masato fuera atacado por gusanos de moscas. Desagradados, los participantes de la primera pelazón dejaron el masato como lo encontraron. En cambio, los animales atraídos por el olor lo probaron y no murieron.

En lugar de intoxicarse experimentaron transformaciones mágicas que les dieron habilidades como convertirse en mariposas o mudar su piel como las lagartijas y culebras.

Lo que quedó del masato permaneció a los pies de los cerros de Moruapú, donde llos encontraron un caminante. Esta persona oró a los restos del masato mágico, y de ahí surgieron todas las plantas medicinales que son utilizadas por los Tikuna.

La madre del Toé

Una de las plantas más importantes en las culturas Amazónicas y Andinas es el Toé. Conocido también como borrachero y floripondio. Según las tradiciones del Resguardo Ticoya, en estos árboles reside un espíritu que toma la forma de una anciana: la madre del Toé.

Se dice que con las hojas del Toé se puede consultar este espíritu, que es capaz de develar verdades ocultas. Pero para hacerlo, se requiere de sumo respeto. Quién arranque las hojas del Toé sin antes pedir permiso, enfadará a la madre del árbol, haciendo que la persona tenga visiones aterradoras o que enferme gravemente. Generalmente se consulta a este espíritu cuando alguien desconocido ha robado algo o cuando alguien está haciéndole al consultante algún mal. Es importante ser honesto para no despertar la ira de la madre del Toé.

Una vez se consigue la hoja, quien consulta debe ponerla bajo la almohada. En el sueño la abuela revelará la respuesta a la pregunta formulada.

¡Los vapores de las partes de esta planta pueden ser mortales!

El origen del Universo

Antes de que existieran todas las plantas y animales, antes de las aguas y el mundo lleno de luz, todo era un yermo baldío. Y antes de todos los demás seres, existían dos parejas Jutapa y su esposa Mapana; y Baia y su esposa. El mundo en el que vivían apenas se estaba formando. En la roca desnuda, el cerro de Taiwegwne se alzaba sobre todo lo demás. De estas primeras montañas corría una quebrada pequeña: Túnetw. Faltarían muchos años antes de que esa quebrada creciera hasta convertirse en los caudalosos ríos de hoy en día.

Después muchos años, cuando habían ya surgido algunas plantas pequeñas y algunas clases de insectos, Jutapa y Mapana tuvieron una discusión. Jutapa estaba muy enojado con su esposa, quién era estéril y no podía darle hijos. Tan enojado estaba Jutapa que atacó a su mujer y la dejó amarrada a una vara. Mientras Jutapa se fue a cazar, a Mapana la picó un enjambre de avispas, y comenzó a pedir ayuda con todas sus fuerzas. Por suerte, un gavián que volaba cerca de ella acudió a su ayuda. Mapana quiso vengarse de la crueldad de su marido, y el ave le aconsejó que buscara

el avispero y se lo lanzara a su marido cuando regresara. Y de ese modo, cuando Jutapa regresó, Mapana le lanzó el avispero. Las avispas le picaron las rodillas y lo dejaron tendido en el suelo. La inflamación de las heridas fue tal, que no pudo caminar de regreso. Sentado esperó a que sanaran sus piernas. Pasó el tiempo y notó que en su rodilla la inflamación se había convertido en un vientre, y de él nacieron sus hijos gemelos: Yoí e Ipi. Ellos se convertirían en héroes que terminarían la creación de muchas cosas.



El origen de la Luz

Había una vez un mundo joven, donde la creación aún estaba incompleta, sin agua ni luz. No había hombre que cuidara la creación, solo la tierra y un cielo negro, habitados por misteriosos animales y frutas ocultas en la oscuridad. Una Ceiba gigantesca proyectaba su sombra sobre la tierra, como un velo que escondía secretos por descubrir.

El dios Yoí, decidido a vencer la oscuridad, convocó a su hermano Ipí y les pidió a todas las criaturas existentes que ayudaran a derribar la Ceiba, el árbol que cubría la tierra. Criaturas de todos tipos se unieron al esfuerzo, pero sorprendente-

mente, nada lograba derribar a la Ceiba. Yoí llamó a las dos especies de ardillas existentes para descubrir el misterio. La ardilla golosa intentó, pero era pequeña y no llegó lejos. La ardilla trepadora, sin embargo, subió hasta la cima y descubrió que un perezoso sostenía la Ceiba con sus manos y pies.

Con ingenio, Yoí envió a la ardilla trepadora con ají para hacer soltar al perezoso, pero aún cuando le rozo el ají en la boca, el intento falló. Luego, usando hormigas con una picadura muy dolorosa, las esparció por todo el cuerpo del perezoso. Así, la ardilla logró que este soltara la Ceiba, porque el dolor fue tan insoportable

que lo obligó a soltarse para poder rascarse. El árbol cayó, desatando relámpagos, truenos y dando origen al río Amazonas y sus afluentes.

Ahora que la Ceiba no cubría el mundo, la luz podía llegar a todos sus rincones, revelando las cosas que antes estaban ocultas. Fue tanta la alegría de Yoí que se sumergió en el agua y se transformó en peces que llenaron los ríos. Mientras tanto, Ipí, en su soledad, encontró el corazón de la Ceiba flotando sobre el agua. Con cuidado lo plantó y, al madurar, el fruto del corazón dio origen a una hermosa señorita, quien confesó su amor a Ipí.

Desde entonces, Ipí la consideró su mujer, siendo la primera pareja en el mundo. Así, la caída de la Ceiba no solo iluminó el mundo, sino que también sembró el amor y la vida.





La mujer que nació del Umarí

Cuando brotó por primera vez un árbol de Umarí, Ipi decidió cuidarlo día y noche para comerse el primer fruto. Esperó junto a la planta hasta que se convirtió en un árbol y dio sus primeras flores. Pero el hambre y el sueño eran ya muy fuertes para ignorarlos. Así que le pidió a su hermano Yoí que lo cuidara mientras él estuviera de caza.

Y de ese modo, Yoí se quedó vigilando el fruto de Umarí. Pasó el tiempo hasta que un buen día escuchó el golpe del fruto cayendo. Inmediatamente se asomó para ver dónde había caído, pero en vez de encontrar el fruto, encontró a una bella mujer. Yoí salió a su encuentro, y la mujer se presentó a sí misma como 'Señorita Umarí'. Conversaron un largo rato, hasta que Yoí le pidió que lo acompañara a su casa.

"¿Cómo haré para que mi hermano no sepa que me he llevado a la mujer que salió del Umarí?" - pensaba Yoí.

Después de meditarlo un largo rato, tomó una flauta hecha con el hueso de una garza, y con un hechizo, hizo que la señorita Umarí cambiara de tamaño, hasta tener la talla para caber dentro del instrumento. Posó la flauta con la mujer sobre la mesa y de ese modo la tuvo escondida. Cuando Ipi regresó de cacería preguntó por el fruto, y Yoí fingió no saber qué había ocurrido con él, que seguramente por la noche un animal se lo habría comido. En ese momento Ipi tuvo que aceptar las palabras de su hermano, pero en el fondo sabía que el fruto se iba a convertir en una mujer, y que su hermano debía tenerla escondida en algún sitio.

En la casa de los hermanos Yoí pasaba tiempo a solas con la mujer diminuta, los dos se reían constantemente de Ipi y su incapacidad de encontrarla. Cada vez que Ipi corría hacia el origen de la risa, Yoí la metía dentro de algún objeto y fingía que no pasaba nada.

Cada día que pasaba aumentaba la frustración de Ipi. Entonces pensó en un plan para encontrar a la mujer de Umarí: esperó a que Yoí se fuera de cacería y fue a buscar brasas y un pescado. En la casa colocó al pescado sobre las brasas y dijo "¡Oh cómo salta este pescadito!" La mujer lo vio desde la flauta, y no pudo contener la risa. Ipi la escuchó reírse en la flauta y fue a sacarla. Cuando la vio fuera de la flauta y de tamaño normal, la sedujo y la dejó embarazada. Cuando Ipi la vio con el vientre agrandado, sintió miedo por lo que su hermano pudiera hacerle. Intentó regresarla a la flauta, pero sin éxito.

huito y regresó a casa de su hermano. Allí Yoí lo esperaba con un rayo: "Debes ponerte a rayar ese huito, mientras mantienes este hongo en la boca", a lo que Ipi le contestó: "Soy fuerte, resistiré tu castigo".

Apenas Ipi comenzó a rallar, notó que todo lo que raspaba en el huito se infligía sobre su propio cuerpo. Ralló tres veces y vio que su brazo sangraba y perdía piel.

"He rallado ya el fruto". - dijo Ipi. "No, falta todavía, eres fuerte y aún puedes pelar todo el fruto"- respondió Yoí.

Ipi siguió rallando a pesar del dolor. Cuando terminó estaba hecho un montón de polvo y leche de huito. Entonces Yoí mandó a la señorita Umarí a recoger hasta el último pedazo, y lanzarlo al río. Así nació la espuma de las aguas del Amazonas. Todos los palitos, hojitas, y muchas clases de pescado son los restos de Ipi.

Viendo que no había forma de ocultar a la mujer de Umarí, Ipi fue a buscar el polen de la Pona, que es venenoso. Se lo roció en el pene. Este se hinchó y enfermó, dándole a Ipi una excusa para justificar que no habría podido dejar embarazada a la mujer de Umarí estando en tan precaria condición.

Para mala fortuna de Ipi, Yoí no aceptó la excusa de su hermano, y como castigo, lo envió a buscar huito. Ipi buscó y buscó un fruto de huito, pero al llegar la tarde no pudo encontrarlo. Encolerizado, Yoí lo obligó a treparse hasta la copa del árbol de huito más alto que conocían, pues allí había un fruto grande y todavía verde. La copa de ese árbol de huito era tan alta que superaba las nubes. Aun así, Ipi consiguió llegar a la punta, bajó con el

La palma de chontaduro y el pez torre

Durante la infancia, Yoí sembró una palma de chontaduro en el solar de su casa. Durante toda su juventud cuidó de ella, le puso agua y abono todos los días. Cuando ya era un joven de alta estatura, la palma dio sus primeros frutos. Yoí la cortó para obtener los frutos, y del corazón del tallo, que se conoce como chonta, talló la figura de un pez. Talló todo el cuerpo con cuidado, las aletas la cola y las escamas brillaban con perfecto detalle. Faltaba solo la cabeza, pero cuando comenzó a labrar la chonta, se dio cuenta

de que el extremo de la cabeza era mucho más duro que todo lo demás. A pesar de sus esfuerzos, la forma de la cabeza quedó cuadrada, regordeta y con detalles toscos y bruscos. Resignado, dejó con esa cara al pescado y pasó a pintarlo con el aceite del chontaduro, lo que explica el color pintón del pez torre.

Habiendo completado su creación, lo echó al río y así se creó el pez torre.

La tortuga Metare

Metare era un joven de 20 años, solo y triste porque no tenía una esposa. Fue entonces a consultar a su madre, quien le respondió: "Ve a buscar a las hijas de tu tía, que, hasta el día de hoy, y hasta donde sé, no se han casado".

Metare fue a buscar a la hija mayor. Cuando la encontró se convirtió en una tortuga y se acercó a ella. La joven, encantada, recogió a Metare y se lo llevó a su cuarto para criarlo. Para mala fortuna de Metare, la muchacha mantenía en su cuarto a un gavilán, con quién estaba

comprometida. Visto eso, Metare ideó una forma de que la joven lo regresara: se defecó encima de la joven mientras ella dormía por la noche.

Al día siguiente, la joven horrorizada tomó a Metare y lo lanzó por la ventana. Metare cayó en la chagra de la casa, donde la hija del medio lo recogió y se lo llevó. Pero de nuevo, la muchacha estaba comprometida con una ardilla. Metare repitió la misma fechoría nocturna, por lo que la joven lo fue a soltar al monte.

Metare regresó al solar de la casa de las hermanas, donde la menor, que era todavía una niña, lo recogió. La madre le dijo a su hija: "Quédate la tortuga". La pequeña cuidó varios

años a la tortuga, dándole de comer y durmiendo con ella. Cuando era ya una mujer adulta, Metare se transformó en humano de nuevo. Era un joven alto y bien parecido, por lo que sedujo a la joven con facilidad. Durante un tiempo vivieron a escondidas, pero la madre de las muchachas comenzó a sospechar de la tortuga. Así que, una noche puso una hogera para que la luz reflejara las figuras desde el balcón de la joven. De ese modo descubrió que dos sombras descansaban por la noche en la hamaca. La madre los confrontó y Metare tuvo que revelarse. Desde ese día vivió como una persona sin tener que esconderse como tortuga. Metare estudió los secretos de la selva y se convirtió en un respetado médico.

Jau y el robo de las semillas

Vivió hace tiempo un hombre encantado: Petapeta. Tenía el poder de convertirse en venado, y en el lomo llevaba un costal con un tesoro. Jau, uno de los antiguos que vivió hace muchos años, sabía qué era el tesoro de Petapeta: todo el sustento con el que podrían vivir los seres humanos. El costal tenía ñame, batata, camote, varias clases de plátano, estacas de yuca, y semillas de todas clases de árboles frutales.

Jau también era un hecicero poderoso, así que ideó un plan para liberar el alimento. Usó plumas de diferentes aves para disfrazarse de una criatura extraña, y con magia cambió su tamaño para verse pequeño y débil. Luego, fue a uno de los senderos frecuentados por Petapeta y se echó al suelo. Cuando Petapeta lo encontró, pensó "¿Qué será esta criatura?". Lo revisó de arriba abajo, y vio que Jau tenía plumas, piernas y un ano. Viéndolo desmayado, Petapeta quiso violarlo, pero

antes que pudiera comenzar, Jau saltó de repente y volvió a hacerse grande y fuerte. Con agilidad le robó el costal y se puso a correr. Petapeta lo siguió para recuperar el tesoro, pero Jau tenía la ventaja. Entonces le gritó: "¡Que lo que me acabas de robar no se pierda! ¡Siembra todo lo que hay en la bolsa!"

Y así consiguieron sustento las generaciones de Tikunas por siglos.



El origen del pueblo Magüta, y la chambira



Un día Yoí estaba recorriendo el bosque inundado en su canoa, cuando de pronto llegó al lago Ewarela. El lago era hermoso, lleno de aves, delfines y con el agua prístina como un espejo.

Entonces Yoí se puso a pescar, y en vez de atrapar peces, fue sacando, uno a uno, personas con la piel rojiza. Estaban desnudos y no tenían malicia alguna. Se saludaban agachando la cabeza y cubriendo sus genitales con la mano. Yoí los llevó a un lugar adecuado para que pudieran descansar y prosperar. Allá crecieron en paz, pero poco tenían que comer, y no tenían ropa que los protegiera del sol y los insectos.

Después de pensarlo un tiempo, Yoí se compadeció y envió al espíritu Tanatana para que

les llevara como regalo ropa y machetes. Tanatana llegó a la comunidad disfrazado de un comerciante cualquiera. Les explicó cómo ponerse ropa y los llevó al monte para que conocieran la palma de chambira. Frente a la palma les mostró cómo bajar el cogollo y como labrarlo en forma de collares, utensilios, hamacas y bolsos. Tanatana tenía poderes mágicos, y usó su poder para ayudar a los artesanos a que aprendieran, y junto con ellos labró hamacas para todos. Luego usó su magia para crear machetes con los cuales los Magüta pudieron trabajar sus chagras.

Faltaba solo una cosa, fuego para que se calentaran y pudieran cocinar. Entonces frente a una palma, Tanatana sacó un papelito, y con gesto al aire, lo

convirtió en un fuego de color rojo intenso. El fuego consumió toda la palma y los Magüta que estaban reunidos a su alrededor sintieron su tibieza y vieron que les sería muy útil. Pero cuando intentaron hacer lo mismo que Tanatana, fueron incapaces de recrear el fuego, pues no tenían sus poderes. Viendo eso, Tanatana fue a buscar piedras y pedernales, pues con ellos les enseñó a hacer fuego con elementos naturales.

Gracias a estos regalos el pueblo Magüta consiguió las herramientas básicas para dar sustento a sus familias y enriquecer su cultura.

Tawé, el niño-boa

Cuando el pueblo Magüta era todavía joven, y se conocía poco de los usos de las plantas, vivió un niño de nombre Tawé. Le gustaba salir a pasear por la selva a solas y aprenderse los caminos. Un día vio que uno de los árboles que había en medio del camino estaba agrietado de par en par. Desde abajo se había abierto un hueco enorme, por el cual podía pasar una persona. Tawé, sin pensarlo mucho, pasó a través del tronco de un lado al otro. Justo cuando llegó al otro lado el árbol se cerró, uniendo sus mitades: era un portal mágico, y ahora Tawé se había quedado por fuera del mundo humano.

En este mundo nuevo al que llegó Tawé era posible conversar libremente con los animales y con las plantas. Sus voces eran tan claras como las de cualquier persona. Tawé se echó a andar hasta que encontró un lago enorme, donde vivía una vieja raya. La raya era sabia e inteligente, por lo que decidió adoptar a Tawé y criarlo para que cuando regresara pudiera enseñarle muchas cosas a las demás personas.

Durante su niñez y juventud Tawé tuvo a los peces como hermanos y amigos, a veces peleaban, pues los peces juguetones lo mordían. Cuando lo mordían demasiado, había

peleas y la madre raya tenía que intervenir. Para poder vivir cómodamente en el lago, la madre le enseñó cómo transformarse en una boa, poder que Tawé amestró a la perfección.

Es por eso que se le conoce también como "El niño boa". En ese mundo Tawé aprendió muchas cosas, como los usos de muchas plantas medicinales, que ellas mismas le contaron. Pero cuando Tawé ya era un hombre, la madre raya le enseñó el secreto para regresar con su gente. Cuando estuvo ya de vuelta, enseñó muchas de las cosas que sabía, y se convirtió en uno de los primeros chamanes.



An illustration of a man with a large, colorful toucan on his head. The man has a human face with brown skin and is looking forward. The toucan has a black body and a large, bright red beak. In the background, there is a palm tree with several clusters of bright orange, round fruits hanging from its trunk. The entire scene is set against a vibrant green background with stylized palm fronds.

El origen del paujil

Un día un joven estaba trabajando en su chagra, cuando vio que se le hacía tarde y se echó a andar la trocha de regreso a su casa. Siguió andando hasta que de pronto se encontró una palma de chontaduro que tenía un racimo especialmente abundante. A pesar de que recorría siempre ese camino, esa palma nunca la había visto, lo que le llamó la atención. Como todavía había luz del sol, decidió subir la palma para agarrar uno de los chontaduros. Después de algunos intentos logró conseguir uno de esos chontaduros perfectos, el cual era rojo y brillante. Tan apetitoso se veía el fruto, que no pudo resistir las ganas y le pegó un mordisco. Pero apenas sus labios tocaron el fruto, este se quedó pegado y no se lo pudo quitar. El fruto le ajustó los labios y le costó

mucho hablar, siendo que apenas podía hacer algo de ruido. Corrió de vuelta a su familia, pero no fue capaz de entrar a la casa, porque le daba mucha vergüenza. Trató de quitarse el chontaduro otra vez, con todas sus fuerzas, pero el fruto cada vez se le pegaba con más fuerza. Tanta era su vergüenza que prefirió irse a dormir en la selva. Allá se quedó llorando y quejándose: “¡kuaaaaaa!, ¡kuaaaaaa!”.

Con el paso de los días olvidó quién era y de dónde venía, y poco a poco se fue convirtiendo en un ave negra, todavía con el chontaduro colorado, pero ahora como un pico. Y así apareció el paujil, y por eso su voz suena del modo que lo hace.

El Toreruma, abuelo de los delfines

A medida que envejecen, los delfines se van poniendo rosados y fuertes. Cuenta la historia que los delfines que llegan a vivir suficiente tiempo se convierten en un Toreruma: un anciano delfín. Estos delfines cuidan las almas de los que mueren en los ríos y las acompañan a la si-

guiente vida. Pasan la mayoría del tiempo en un lago legendario en el mundo de los espíritus, pero durante las tormentas con grandes rayos, el cielo se rompe y caen chorros de agua de ese lago a nuestro mundo. Por esos chorros llega el Toreruma a visitar la tierra.



El pirarucú, la ceiba y los caminos ocultos

La ceiba es uno de los árboles más sagrados e importantes de la selva: son la casa de la Kurupira, de la poderosa madre de la ceiba, y de muchos otros seres. Cuando el bosque se inunda sus bambas quedan sumergidas, formando enormes arcos. Bajos esos arcos el pez pirarucú hace sus nidos, los cuales cuida con recelo. Se dice que estos peces conocen un secreto: cómo usar las bambas sumergidas como portales a otros

mundos. Se dice que no solo usan las ceibas para cuidar a sus crías, sino que también las usan para viajar a lugares que ningún humano conoce.



Un encuentro con el Mapinwarí



Sobre el Mapinwarí

Es una criatura de la cual hay varias clases. Una de las que ameritan más respeto es aquella que comanda las bandadas de monos, aquella que pastorea animales de la selva y que protege lugares que los humanos no deben deambular. Esta historia cuenta el encuentro de un hombre Tikuna con esta criatura en la cabecera del río Atacuari.

El comerciante de carnes

Vivió hace pocos años un cazador en el resguardo Ticoya. Era un hombre muy diligente, que trabajaba juiciosamente para proveer a su familia. Él había aprendido de sus abuelos las técnicas que todo cazador debe conocer en su oficio. Una de ellas era cómo curar la carne con sal y azúcar para preservarla y poderla llevar a su casa en perfecta condición. También sabía leer los comportamientos de sus presas, leía los caminos de huellas y era capaz de pasar días en su chinchorro en el monte, viviendo únicamente de fariña, agua hervida y azúcar. Para ir a cazar preparaba sus balas, la escopeta, provisiones, la sal y azúcar y se llevaba todo en una canoa.

Con su canoa subía por la cabecera del río Atacuari, hasta una entrada donde la tierra le permitía amarrar la canoa. Desde ese puerto escondido, caminaba dos horas hasta un terreno que él mismo había preparado, una saladera artificial. Las saladeras son pequeños claros en el bosque, donde en el barro afloran depósitos de sales minerales. Esa tierra salada es muy atractiva para los animales, los cuales se acercan para lamer la sal y refrescar su pelaje en el barro frío.

Desde un escondite, el cazador preparaba su escopeta y apuntaba a la saladera, esperando que los animales estuvieran en rango. Cada mes visitaba este sitio, y regresaba con carnes preservadas de borugas, lapas, dantas, monos y chigüiros.

Un mes no consiguió que ningún animal visitara el lugar, por lo que estuvo toda la semana visitando la saladera, y regresando con las manos vacías. Llegó el domingo, y temprano por la madrugada comenzó a preparar sus cosas para otra expedición. Su mujer, viéndolo cansado, le dijo: "Quédate en casa, ya el mes que viene podrás ir a buscar carne. Nunca nos has fallado y tu familia está bien. Descansa unos días y recupera tu fuerza". Pero el hombre estaba ofuscado, y en vez de seguir el consejo de su esposa, fue de nuevo a cazar en su sitio usual.

Dejó la canoa y se puso a caminar. Al cabo de una hora un estruendoso grupo de churucos pasó balanceándose por los árboles. "¡Qué suerte, por fin!" Se dijo. Rápidamente cargó la escopeta y disparó contra uno de los monos. El churuco cayó fulminado en el suelo.

El hombre fue despacio a recoger su premio, y antes de que pudiera agarrarlo, el cuerpo del churuco se fue levantando. La figura se elevó hasta tener una estatura superior a la de un ser humano. Era corpulenta y de pelaje espeso. Desde lo alto miró al hombre con un solo ojo y abrió sus enormes fauces, las cuales estaban sobre su vientre y eran grandes como para engullir a un caimán de un solo mordisco.

Del susto, el cazador dejó caer su escopeta, intentó correr, pero el monstruo lo agarró con sus brazos larguísimos, los cuales tenía garras largas y afiladas como las de un perezoso. La criatura intentó empujar al hombre hacia su boca, pero el cazador luchó por su vida hasta que logró zafarse y correr hasta un hueco que había bajo un árbol. La criatura arremetió violentamente contra las raíces del árbol, pero no pudo alcanzar al hombre. Después de un rato el monstruo de desvaneció.

Pasó el tiempo y el hombre se asomó. Vio que no había nada cerca y salió a tomar su escopeta. La cargó y se puso a andar de regreso a la canoa. Poco después de caminar hacia el río, vio que cuatro enormes figuras lo seguían. Cargó dos tiros en el cañón de su arma y se agachó para disparar. *¡Bang!* El primer tiro dio en la boca enorme de la figura más cercana. *¡Bang!* El segundo tiro dio en el blanco. El cazador tomó su bolsa de balas, y vio que estaba vacía: solo le quedaba correr a la canoa.

El miedo le dió la fuerza en las piernas para correr a tiempo. Desató el nudo con un golpe de machete y remó azarosamente al centro del río. Mientras dejaba atrás la orilla, dos enormes sombras lo miraban a lo lejos.

Cuando llegó a su casa sus brazos le sangraban por las heridas infligidas por las garras de la enorme criatura, su ropa estaba destrozada y la mayoría de sus cosas quedaron tendidas donde había luchado por su vida. Aunque sus heridas sanaron, murió repentinamente al cabo de unos meses.



El Hai-Hai-Mama



Existió una época en la cual la humanidad sufría todavía de una de las enfermedades más temibles: la viruela. Ni ricos ni pobres, ni hombres santos, chamanes o renombrados doctores eran capaces de hacerle frente. La viruela cobraba vidas a su antojo.

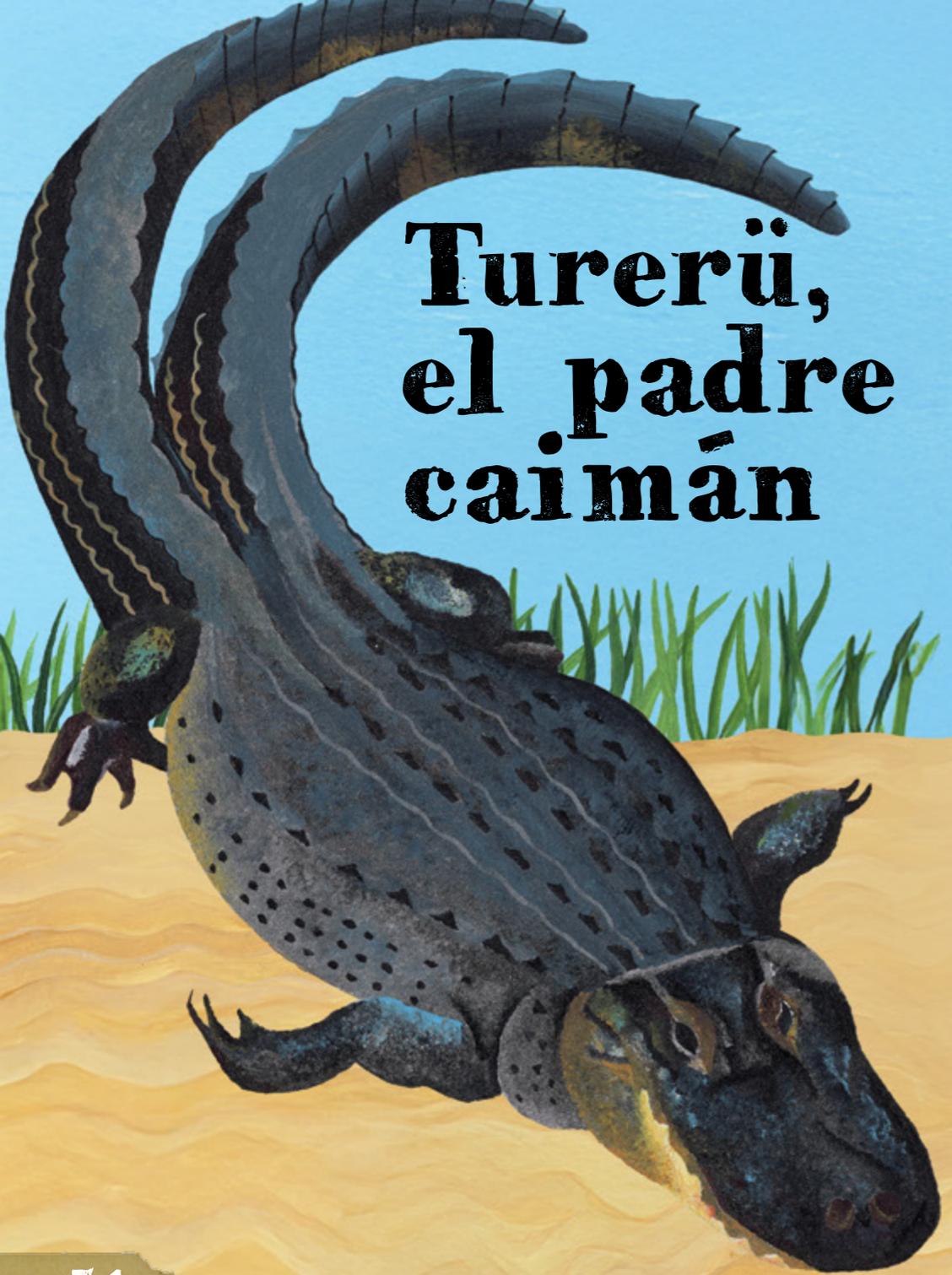
En este pasado no tan lejano vivió una comunidad distante en el trapezio amazónico. Su nombre ha quedado olvidado, así como casi todo cuanto se sabía de ellos, pues un día llegó junto a unos comerciantes la viruela. Cuando se empezaron a ver las primeras personas cubiertas de ronchas rojas, era

demasiado tarde para actuar. Una a una, las personas de esta comunidad sucumbieron ante los dolores, temblores y el vómito. Casi todos se contagiaron, excepto una abuela, que tuvo la suerte de ser inmune. Dos semanas pasaron con rapidez, y a pesar de sus esfuerzos, la abuela no pudo salvar a su gente.

Se quedó sola y no vio otra salida que ir a andar por la orilla del río. Al cabo de unas horas vio en un árbol seco un gavilán. La abuela quedó perpleja, viendo a la hermosa ave cantar: "¡Hai, hai, mama! ¡Hai, hai, mama!". Entonces pensó:

ojalá fuera libre como ese gavilán, quisiera poder volar hacia lo profundo de la selva y dejar atrás mi tristeza". Empezó a imitar el canto del ave: "¡Hai, hai, mama! ¡Hai, hai, mama!". Y así, mágicamente, se transformó en un gavilán.

Desde ese día, a la abuela le dicen como al canto del gavilán, Hai-Hai-Mama, y pasa sus días en los bosques. Pocas veces recuperando su forma humana: una anciana con el cabello blanco y tan largo que llega a los tobillos.



Turerü, el padre caimán

Un día de sol, un cazador echó a andar por los lagos en busca de alimento. Después de varias horas sin encontrar nada, vio en un charquito dos caimancitos. Eran todavía crías, por lo que la regla dictaba que estaba prohibido comérselas. Pero el cazador estaba ya muy cansado, por lo que ignoró el consejo de sus ancestros y mató a los dos caimanes negros y se los llevó en la canoa. En lo que se iba yendo del lago, vio llegar al lugar donde estaban las crías un enorme caimán, con los ojos brillantes y una cola doble. “¡Qué bueno que el padre de esas crías no estaba cuando llegué, pelear con él hubiera sido imposible!”.

Toda su familia comió de los caimanes, pasaron algunos días sin mayor eventualidad. De pronto, una tarde llegó a la comunidad un visitante muy particular: un hombre de gran

altura y musculatura. Era bien parecido, de cabello negro, brillante y muy largo. En el pecho se posaban montones de pajaritos de todos los colores. Las aves volaban a su alrededor para luego volver a pararse en su pecho tranquilamente. El hombre misterioso se hizo pasar por un comerciante, y visitó a todo el mundo hasta que fue a dar con la casa del cazador. Frente a su casa saludo y les dijo: “Vendrán cosas terribles, si no se van de acá de inmediato.” Entonces le entregó al cazador dos piedritas y unas tres semillas. “Para encontrar un lugar seguro, tienes que lanzar una a una estas piedritas, si ves que la piedra cae en tierra, recógela y lánzala de nuevo. Cuando hayas lanzado tres de ellas, y en vez de caer en tierra, escuchas que caen en el agua, detente”. Ese será el lugar donde tú y tu familia se tienen que quedar.

Como hipnotizado por las palabras del visitante, el hombre empacó todas sus cosas y se llevó con él a toda su familia.

Fue por la selva lanzando las piedras, así recorrieron varios kilómetros hasta que por fin dieron con un lugar donde tres de los objetos cayeron en charcos. Justo en ese momento, se ocultó el sol y empezó a llover. Cerca había un árbol con bambas grandes y fuetes, así que buscaron refugio al pie de sus raíces. La lluvia se hizo cada vez más fuerte, comenzaron a caer rayos y entre los árboles se veían figuras aterradoras. Comenzaron a escucharse ruidos extraños, gruñidos, gritos, rocas crujiendo, temblores, y sonidos de animales que nunca antes habían oído. Las hijas del cazador lloraban desconsoladas, así que la madre las agarró con fuerza hasta que pasó la tormenta.

Al día siguiente, se había inundado casi todo el bosque. La familia quedó atrapada en una islita bajo el árbol que les había dado refugio. De pronto la neblina se despejó un poco y entre las aguas apareció un caimán de seis metros, con la piel de color negro profundo y

dos colas. Era el padre de las crías que se habían comido hacía ya casi un mes. El caimán se acercó y se convirtió en el visitante misterioso de aquel día: “Tú mataste a mis hijas, eran dos como las pequeñas jóvenes que te acompañan. Por haber faltado el respeto a la selva, y por haberme dejado sin familia, ahora pagarán con la misma moneda”. El caimán los devoró en ese momento.



El maderero y el jaguar

Un chagrero, como muchos otros, tenía cerca a su casa varios rastrojos. Una de sus actividades principales era el cultivo y tala de especies maderables. Era experto en cómo sembrar capirona, balso, achapo, violeto, remocaspi, palo sangre, mata-mata y otras varias decenas de árboles. Todo lo que sirviera como material de construcción o para artesanías era su especialidad.

Un día estaba aserrando en la parte más lejana de sus rastrojos un tronco. El palo estaba ya caído, y faltaba trozarlo en

segmentos más pequeños para llevarlos de vuelta al pueblo. Para esta actividad, su herramienta preferida era una cuña, la cual mantenía abierta una grieta en el tronco mientras le daba con el extremo romo del hacha para extender la apertura.

Ese día paseaba por la vecindad un jaguar, el cual se acercó con las garras afuera y mostrando los dientes. Al susto el aserrador respondió: "¡No me comas por favor! Al menos no antes de que pueda dejar este tronco partido para que mi familia venga por los tablones. Si te parece, ayúdame a abrir el tronco, y podrás comerme

más rápido." El jaguar le respondió: "Está bien, te ayudaré". Entonces, usó sus garras para sostener las dos mitades del tronco. Pero el aserrador era astuto. Apenas el jaguar metió las patas en la apertura, quitó la cuña y el tronco se cerró violentamente. Las garras quedaron aplastadas y trabadas en el tronco, dejando al jaguar pegado al árbol caído.

Entonces, el hombre se echó a correr, salvando así su vida.

Un duelo en la selva: el jaguar y el tamandúa

Un jaguar paseaba por su territorio tranquilamente. Sintiendo grande y poderoso, era capaz de ganarle a toda criatura en su camino. Hasta derrotó a caimanes más grandes que él. Sus garras y dientes eran los más afilados, hasta donde él sabía.

Llegó de pronto un tamandúa. El jaguar no había visto ninguno antes, así que lo vio con cuidado. El jaguar vio que su cara tenía un hocico delgado y suave, y sus patas delanteras parecían dos brazos largos y peludos.

Como lo vio de frente, no logró detallar que detrás de sus manos se escondía unas garras larguísimas. "Veamos quién es el más fuerte entre los dos. ¡Prepárate para pelear!" Entonces se acercaron y comenzaron el duelo. Sin esperárselo, el tamandúa sacó sus garras gigantes, se paró en sus patas traseras y lanzó golpes veloces. Forcejearon con todas sus fuerzas, pero los largos brazos no dejaron que el jaguar lograra dar el mordisco letal al cuello del rival. La pelea duró varios dolorosos minutos, hasta

que las garras del tamandúa tenían al jaguar tan magullado que no pudo pelear más.

"¡No puedo más! Dijo. "Admito que entre todos los demás animales, solo tú eres mi digno rival". Cansados y heridos, ambos animales se fueron por su lado, siempre recordando que al otro había que mostrarle respeto.



AHORA ES TU TURNO

de escribir y dibujar
una historia de tu
territorio

AHORA ES TU TURNO

de escribir y dibujar
una historia de tu
territorio



Apoyado por:



ISBN: 978-628-7553-21-7

